



CAPÍTULO XXIX.

Inducciones científicas del almirante. — Sus ideas respecto al paraíso terrenal. — Sus descubrimientos científicos.

En ninguna de sus exploraciones había observado Colon cosas tan extrañas como aquellas cuyas causas se esforzaba al presente en investigar. Sobreponiéndose á las convulsivas contracciones de sus párpados, inflamados con la oftalmía, desafiando la luz del día, dominando el poder del insomnio y las dolorosas punzadas de la gota, había, en efecto, intentado interrogar con una mirada aquella grandiosa é imponente naturaleza. Las cualidades del terreno, la riqueza, el lujo, la magnificencia de la vegetación, la color de los indígenas, que no eran negros como los de Africa bajo el mismo paralelo, la suavidad, la dulzura del clima, la transparencia y la limpidez del cielo, el cambio de las constelaciones, el movimiento, la agitación, el ímpetu de las olas, la dirección de las corrientes, la abundancia del agua dulce en medio del mar, hacían surgir en su imaginación un tropel de ideas.

Por ciertos rasgos de fisonomía cósmica que hubieran pasado desapercibidos para cualquiera otro observador, había ya conocido una de las

grandes divisiones geográficas del globo y la parte óptima de uno de los principales continentes. Y por el solo convencimiento de sus percepciones espontáneas y confusas impresiones, que no habría podido definir si se lo hubiera propuesto, conocía que la parte de la tierra en que se hallaba entonces era más elevada que aquélla de que había salido; le parecía haber subido por la mar cual si fuera una montaña, y afirmaba haberse acercado á la parte más alta del mundo.

Este sencillo aserto sobrepujaba con toda la elevación del genio á las lecciones de la ciencia contemporánea; Colon marchaba por la senda de un gran descubrimiento cosmográfico: el crecimiento ecuatorial.

En el documento que dirigió á SS. AA. con el nombre de relación, dijo el virey de una manera terminante, que se creía que la tierra era redonda; pero que por lo que él había visto, conjeturaba que no era perfectamente esférica, y que más parecía «una pera que fuese toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pe-

zon (1), cuya prominencia está naturalmente más inmediata al cielo.» En efecto, el crecimiento ecuatorial es de unos veintinueve kilómetros (2), poco más ó menos cinco veces mayor altura que el monte Blanco: de suerte que esta parte del mundo se interna más profundamente en las regiones etéreas.

Añadió Colon que Aristóteles, colocaba el punto más culminante de la tierra bajo el polo Antártico, y que otros sabios lo habían combatido y querían, por el contrario, que la expresada prominencia existiera en el Artico, pero él tenía por cierto que el crecimiento del globo se verificaba hácia el Ecuador. Y al mismo tiempo que comprendía y disimulaba el error de sus antepasados, en razón á que no pudieron tener noticias de lo que él acababa de descubrir, y declaraba no estar en ánimo de pronunciar acerca de la constitución geodésica del otro hemisferio, porque no lo había visitado, en lo tocante al que nos ocupa, daba testimonio de que su forma era, no esférica como una bola, sino como una pera muy redonda, salvo en la extremidad donde tiene el cabo. Y no satisfecho aún, escogía imágenes más sensibles y exactas del crecimiento, y de la pequeña alteración que debía producir en el conjunto de la fisonomía del globo (3).

Con harta ligereza ha criticado Mr. Humboldt, tantas veces repetido por los biógrafos de Colon, la opinión del grande hombre en lo tocante á la figura de la tierra, y pretendido que la concebía en forma de pera, lo cual sería por demás ridículo. Este aserto, desgraciadamente tan acreditado, es de todo punto falso, pues no pudiendo Colon, para demostrar con la debida exactitud su pensamiento, elegir un objeto perfectamente redondo como una pelota ó una naranja, escogió una pera, y téngase presente que no se trata de una pera oblonga ni ovala-

(1) Tercer viaje de Cristóbal Colon, *Colección de los viajes y descubrimientos*, etc., t. I.

(2) Humboldt, *Cosmos*, *Essai d'une description physique du monde*, t. I, p. 159.

(3) «O como quien tiene una pelota muy redonda, y en lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte deste pezon sea la más alta é mas propinca al cielo.» *Tercer viaje de Cristóbal Colon*.

da, sino de una pera *toda muy redonda salvo allí donde tiene el pezon*. Y de manera tan clara se reflejaba en su mente la idea del crecimiento ecuatorial, que determinó los rasgos geodésicos de su forma, diciendo que, aquella elevación no la producía un saliente repentino de la tierra por aquella parte, ni era un brusco y penoso accidente del suelo, sino que procedía de muy léjos, de donde venía en progresión imperceptible, lo cual es verdad.

Del descubrimiento referido, avanzó Colon algunos pasos más por el sendero de la ciencia, esforzándose en reconocer el carácter histórico de la región. Y como si hubiese admitido el principio filosófico alemán de que la tierra es la profecía de la historia, buscó cuál pudiera ser el destino de un país tan distinto de los que había recorrido y que describían los viajeros; y estando el más inmediato al cielo, y de consiguiente, recibiendo el primero los rayos del Sol, se preguntó si la sublime elevación en que se hallaba y su dulcísima temperatura no indicaban la primer mansión del primer hombre: el Paraíso. No dice haber hallado el sitio del jardín de las delicias; pero supone que debe estar en el punto más alto del crecimiento ecuatorial «á donde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina» (1), y lo que más le induce á creerlo es el gigantesco río, cuyo inmenso volumen era incomparable con los hasta entonces conocidos, y que, bastante poderoso para endulzar el agua salada á distancia tan grande de la ribera, le hacía presumir fuera uno de los cuatro que cruzaban el paraíso terrenal, y de que habla la Sagrada Escritura.

Dos miembros de la Academia de Ciencias, en Paris y en Berlin, han hecho desgraciadamente mofa de que Colon creyera en el paraíso terrenal. Pero no vemos nosotros que hubiese materia para despreciar al hombre grande en una conjetura, á la sazón muy racional y motivada, porque cerca de las dos terceras partes del mundo estaban por descubrir, y nada indicaba que no se pudiese hallar el paraíso. Colon no pertenecía ni en lo más mínimo á la

(1) *Tercer viaje de Cristóbal Colon*.



escuela racionalista y naturalista de la moderna filosofía; creía con fe ardiente é implícita en lo que la Iglesia católica enseña, y así, no dudaba de la existencia del paraíso terrenal. Suponiendo á esta region sobre la morada de las razas humanas, era lógico pensar que no hubiera sido destruida, como lo demas del dominio del hombre, por las aguas del diluvio, y que hubiese quedado intacta al traves de los siglos como el primer dia de su creacion. Los teólogos y los sábios de la edad media suponían al paraíso, segun las palabras de la traduccion de los Setenta, situado en la parte más oriental del Asia, y como la tierra firme era á los ojos de Colon el principio del Oriente, podia racionalmente pensar en descubrir las regiones vecinas del paraíso. Y además, la persuasion del virey, que por otra parte no la manifiesta sino como una sospecha, está mucho mejor basada que la opinion más generalmente admitida en su época, con respecto á la primera mansion del hombre, pues al recordar que unos lo habian colocado en las fuentes del Nilo en Etiopía, y otros en las islas Afortunadas, y que San Isidoro, Beda, Estrabon, el maestro de la historia escolástica, San Ambrosio, etc., están acordes en ponerlo en la parte de oriente (1), en cuanto á él, confiesa no haber hallado nunca en los escritores griegos y latinos la menor indicacion exacta sobre el caso, mientras que las nuevas influencias de los cielos, de las aguas, de la tierra y aquella prominencia y aquel rio sin segundo, le parecían conformes con la más digna opinion del jardín de delicias.

Despues de Colon, un célebre viajero llamado Américo Vespucio, pensó tambien que estaba situado en la misma region, y dice que debe encontrarse allí, si es cierto que en el mundo hay algun paraíso terrestre, *se nel mondo è alcun paradiso terrestre*. Ninguno de

(1) «Algunos le ponian allí donde son las fuentes del Nilo en Etiopía... algunos gentiles quisieron decir por argumentos, que él era en las islas Fortunatas que son las Canarias, etc. San Isidoro y Beda y Estrabon y el maestro de la historia escolástica y San Ambrosio y Scoto, y todos los sanos teólogos conciertan que el paraíso terrenal es en el Oriente.—*Tercer viaje de Cristóbal Colon.*»

los historiadores españoles ha visto en la docta conjetura de Cristóbal Colon un motivo de burla. Gomara, Herrera, Delrius, Acosta, Casaneus y Maluenda, han discutido con seriedad el caso, y Solorzano, el gran jurisconsulto de las Indias, expresa que «no se puede negar que, considerando la temperatura y casi perpétua primavera de las más de estas provincias, merezcan, si no el nombre de Paraíso, el de huerto de deleite ó de las alabanzas del Tempe, Campos Eliseos, etc.» (1) Washington Irving se ha manifestado más justo en lo tocante á esto que Mr. de Humboldt. «Los hombres de saber, en el silencio y la tranquilidad de su biblioteca, sobre todo en la época presente, en que la ciencia no arriesga nada y se apoya en hechos positivos, podrán sonreír de tales visiones; pero no debe olvidarse que á la sazón se apoyaban en las hipótesis de los filósofos más eruditos de su tiempo,» dice el escritor americano (2).

Cualquiera que fuese la magnitud del error de Colon en lo tocante al paraíso terrenal, lo ingenioso de sus deducciones suplía con sobrada amplitud á la imperfeccion de sus cálculos. De lo que él habia descubierto, no era posible inferir secuelas más extensas que las suyas; y sus fallos sobre las cosas presentes ó aparentes, aunque desconocidas aún, estuvieron siempre basados en hechos cosmográficos y profundas consideraciones.

Al ver una masa de agua dulce semejante, producida por un rio, infirió Colon que, si aquél rio no descendía del paraíso terrestre, tenia necesariamente un curso muy dilatado, y, siendo así, debía provenir de una tierra inmensa, situada al Mediodía, y de la cual no se tenían datos. Navarrete se ve en la necesidad de convenir en ello, diciendo que «esta reflexion persuadió al almirante de que aquella tierra era la tierra firme.» Por la calidad del agua del mar, reconoció Colon la cantidad de agua dulce del rio, y calculó su corriente; por la corriente, la extension de la tierra, y por ella

(1) Solorzano y Pereyra, *Politica indiana*, lib. I, cap. IV, § 4.

(2) *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. X, cap. IV.

el carácter geográfico del suelo que, no pudiendo ser una isla, era un continente.

Más aún: desde aquel momento, el revelador del globo conoció que habia llegado á una tierra, de la cual Europa no poseia el menor indicio (1). Esto prueba que no se creía en Asia, sino en un continente del todo nuevo hasta entónces.

Colon acababa de señalar el nuevo mundo.

Y así como en la calidad del agua habia el almirante adivinado el carácter de la tierra, en el movimiento de las olas adivinó tambien una de las leyes generales del globo: el gran rio Océano, ó sea corriente ecuatorial. Afirmó que las aguas del mar se mueven como los cielos de Oriente á Occidente, (2) es decir, en sentido inverso á la tierra que gira de occiden-

(1) «Y creo esta tierra que agora mandaron descubrir vuestras Altezas sea grandísima, y haya otras muchas en el Austro, de que jamas se hobo noticia.»

(2) «Muy conocido tengo que las aguas de la mar llevan su curso de Oriente á Occidente con los cielos.»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon.*



te á Oriente; que en aquella altura meridional la marcha del rio pelásgico se precipitaba, porque en el mismo dia de Nuestra Señora de Agosto, fiesta de la patrona de los mares, entre la hora de la misa y la de completas salvó con una brisa floja una distancia de sesenta y cuatro leguas marinas, y atribuyó á este rápido movimiento la dislocacion de la isla de la Trinidad que, en otro tiempo, formaba parte del continente, y el estado de numerosas islas. En apoyo de su opinion, señalaba la configuracion general de las islas de la mar Caribe, orientadas todas en igual sentido, uniformemente anchas de poniente á levante y de N. O. á S. E., y angostas por el contrario del N. al S. y del N. al S. E., reconociéndose haber sido carcomidas por la violencia de la corriente pelásjica (3).

(3) «Y por esto han comido tanta parte de la tierra porque por eso son acá tantas islas, y ellas mismas hacen desto testimonio, porque todas á una mano son largas de poniente á levante, etc...»—*Tercer viaje de Cristóbal Colon.*